

## LAS DOS ROSAS

Había delante de él algo anormal. No sabía qué, pero lo había. Estaba acabando de afeitarse cuando lo descubrió. En la encimera del lavabo tenía un búcaro con dos rosas de tela que su madre le había regalado; una de ellas tenía el tallo y la flor tras el espejo, como si el espejo no fuera un obstáculo, como si no tuviera cuerpo o consistencia. "Cielos", pensó.

No creía que fuera cierto. Se frotó los ojos y, sin pensar en riesgo alguno, acercó la mano al cristal y traspasó la incorpórea línea del espejo. Tocó la flor y al instante, se le erizó todo el vello del cuerpo por su atrevimiento; se apresuró a sacar la mano y entonces vio que todo lo que el espejo reflejaba había cambiado. La imagen del cuarto de aseo se transformó en la de una habitación con libros que conocía bien desde su niñez, en el suelo había un camión de juguete que fue locura de su infancia, apoyada en la pared estaba la bicicleta pintada de rojo con la que disfrutó de adolescente, una mecedora en la que dormía a su hermano pequeño y, al fondo, una puerta abierta por la que entraba una luz dorada. "Ahí está mi vida pasada ¿Y aquella puerta?", se dijo.

No lo pensó dos veces, puso un pie en el taburete del cuarto de aseo y atravesó la lámina del espejo; se giró, vio el cuarto de aseo desde el otro lado y, decidido, se dirigió a la puerta de luz dorada.

Al acercarse, una sombra cruzó el vano de izquierda a derecha quitando parte de la luz “¿Quién está ahí?”. Se paró y quedó petrificado cuando la sombra cruzó en sentido contrario. Vio una figura sin rostro pero con una forma conocida de desplazarse. De nuevo, se le erizó el vello. “¡Qué atrevido!”. Se volvió para cruzar de nuevo al otro lado del espejo. Estaba muy asustado. Tenía los músculos tensos de terror, le costaba avanzar.

Al intentar volver, se encontró con que la lámina del espejo era de consistencia elástica: se deformaba pero no se podía atravesar. Intentó gritar, pero ¿a quién? Allí dentro todo era silencio. Miró hacia atrás y vio al personaje sin cara cogiéndole del pijama. No estiraba, simplemente lo retenía. “¡No!”. Su mente intentaba dar una solución a aquella encerrona. Había entrado sin miedo y ahora todo su ser rezumaba terror y aquella figura sin cara lo seguía reteniendo. Le faltaba el aire, empezó a manotear desesperadamente intentando salir de aquel espacio sin sonido. En el momento más desesperado oyó una voz conocida:

— ¡Despierta!.. ¡Jesús!... ¡Menudo sueño estás teniendo! — Su mujer estaba sobre él intentando sacarlo de aquel angustioso momento.

— ¡Madre mía, qué susto he pasado! — Le contó el sueño a su esposa, pero ya no pudo dormir.

A las siete y media se levantó y fue al cuarto de aseo para ducharse y afeitarse. Todo estaba correcto, las dos flores a este lado del espejo y lo que reflejaba el espejo era normal... Bueno, todo no. Jesús no sonreía, pero su imagen del otro lado, ¡sí!

Todo su cuerpo sufrió una intensa descarga de adrenalina que el miedo de su cerebro puso en circulación. No supo lo que le impulsó a llevar la mano hacia la imagen del espejo, pero lo hizo. La imagen sonriente lanzó su mano del mismo lado hacia el lugar mientras se oía su risa franca y fuerte.

La mano de Jesús estaba llegando al cristal cuando su mujer lo tocó en la espalda.

— Jesús vas a llegar tarde, ¿se puede saber qué te pasa? — Ella no vio ni oyó nada.

En el espejo era todo normal.

De camino a su trabajo su pensamiento iba una y otra vez a aquella ¿ilusión? ¿jugada mental? ¿llamada de atención por una posible enfermedad en ciernes? Él era un científico, su imaginación no debía jugarle esas malas pasadas.

No se lo contó a nadie. El día transcurrió de forma habitual aunque Jesús notaba algo de lentitud en sus actos.

Cuando acabó la jornada subió a su coche, lo puso en marcha, puso la marcha atrás y miró por el retrovisor para hacer la maniobra y ¡la imagen lo miraba con una sonrisa socarrona!

— ¡Jobar!

Una pitada brutal lo sacó del momento. Jesús clavó el freno con el corazón desbocado por la taquicardia.

— ¡Jesús! , ¿qué te pasa? — Fernando, amigo y compañero se pegó un susto de muerte cuando Jesús echó marcha atrás y no vio que él estaba pasando por detrás de su coche — ¡Estás todo el día en otro mundo!... Cuídate, mañana nos vemos. ¡Adiós, hombre!

“¡Vaya! Se han dado cuenta de no estoy bien, ¿me estaré volviendo loco?”. El corto viaje a casa no tuvo incidencias, pero no dejó de pensar que cuando se mira por el espejo retrovisor lo que se ve es el cristal trasero y los objetos que hay detrás del vehículo, ¡no la imagen del conductor ni la de una imaginación!

De forma habitual era comunicativo y cuando entró en casa se cuidó muy mucho de mirar en el espejo del recibidor. Era como si temiera que su imagen siguiera riéndose de él. Aceleró el paso por el pasillo, dejó la maleta en una silla y se fue al sofá del salón. ¡Qué suerte: en el salón no había espejos!

Se dejó caer como un fardo. Su mujer lo vio pasar y, extrañada porque no le había ni siquiera saludado, fue en su busca.

— Jesús, por favor, ¡que no vives solo!...— No quiso seguir con los reproches porque sabía lo sentido que era y lo pondría nervioso si insistía — ... ¿Me quieres contar qué te pasa? Esta mañana estabas rarísimo en el cuarto de aseo, era como si estuvieras muy asustado...

“Se lo tengo que contar. Así, quizás descanse”. Se decidió a contarlo.

— Siéntate que te voy a contar lo que me sucede — la cogió de la mano y la sentó a su derecha. — Mira, esta mañana...— desarrolló el día tal y como había ocurrido y continuó—... y ahora, al entrar en casa, no he querido mirar al espejo del recibidor por miedo a ver esa risueña imagen.

La chica se levantó, le tendió la mano y le dijo:

— Vamos a ver si se ríe de los dos juntos — Se levantó, le dio la mano a Jesús y éste, con una sensación de opresión en el pecho, la acompañó hasta el espejo del recibidor. Se vieron de cuerpo entero, juntos. El espejo reflejaba a su mujer simpática y guapa, como siempre, y a él, más serio que un ajo.

La mujer, lo miró y le dijo:

— Ah! Se me olvidaba... tu madre ha llamado para que vayas a su casa. Creo que te quiere contar algo.

— Pero, ¿ya?

—Sí. Así me das tiempo y preparo la cena.

\*\*\*

La madre de Jesús vivía a dos manzanas de distancia y allá se fue. Por el camino se cruzó con poca gente. Ya era noche cerrada y sólo vio en su camino a un vecino con el perro. Llegó a la puerta de la casa de su madre. El dingdong sonó fuerte y al poco, los pasos y el garrote de su madre fueron haciéndose más sonoros. Su madre de ochenta años, con un cabello totalmente blanco y de faz agradable, abrió, le sonrió y le dijo:

— Anda, pasa Jesús, que te quiero contar algo.

— Mamá, me sé de memoria todas tus historias. ¿Es algo nuevo?

— Sí. Siéntate, que es fuerte.— Mamá, ¡por favor!

— Querido niño, tienes treinta y dos años, eres adulto, tienes un buen trabajo....

— ¡Mamá! ¿Quieres ir al grano?

— Vale. Mira, sabes que vivíamos en aquel barrio tan pobre hasta que tu padre consiguió el empleo en la fábrica de lavadoras...

— ¿Y?

— Cariño... tú eras el primero de los dos hijos que tuve en un parto gemelar...

— Supongo que el otro moriría en el parto. Sólo conozco a mi hermano Joaquín que, por cierto, no se me parece en nada salvo en los apellidos y ya será hora de que aparezca por aquí ¿no?

— No. Aquel no murió... Como no teníamos dinero para atenderlo, se lo llevamos a las monjas del convento de Santa Clara y ellas lo entregaron en adopción a unos señores de Cartagena. No supe nada más de él hasta hace dos días. Tocaron a la puerta y salí para contestar y... ¡me quedé de piedra! Eras tú y no eras tú.

— Mamá, ¡por favor!

— Era él. Pero... desapareció como el humo después de emitir una fuerte carcajada.

— ¿Pero estás bien?... —“¿Tanto se parece a mí? No jodas, ¡tengo un hermano gemelo!, ¿será verdad eso de que se comunican? ¿lo estaré viendo en todas partes porque estamos cerca? He oído que hasta sufren el dolor del otro”.

— Mira, sabes que tu padre murió de un infarto hace seis meses...

— Sí, mamá.

— Bueno, pues el infarto, ya te digo, que fue por el susto que le causó ver la imagen de tu hermano Carlos a través de los espejos... Sí, en los que pusimos flores de tela, las de aquella docena que compré en el mercado — Jesús no podía articular palabra. Todo coincidía. La madre continuó —: Me lo contó y yo lo tranquilicé, pero pasaron varios

días y él cada vez estaba más nervioso. Una mañana, estaba en el cuarto de aseo y lo oí gritar: “Nosotros hicimos lo mejor para ti... ¡No te puedes vengar de esa forma!”. A continuación, oí ruido de cristales, me levanté todo lo rápido que pude y, cuando entré en el cuarto de aseo, vi a tu padre que estaba muerto en el suelo.

“Esto es impresionante... — pensaba Jesús— el cuarto de aseo, la habitación del espejo, los juguetes y ahora... ¡sí que le veía la cara a aquel personaje que cruzó el vano iluminado de la puerta del fondo! ¿Quería atraparlo?, ¿Sólo quería estar con él? ¡Mi hermano! ¿Mi padre muerto del susto por venganza? ¡Mi hermano viviendo en un mundo paralelo y queriéndose comunicar! ¡Qué miedo he pasado todo el día!”

La madre lo sacó de sus pensamientos:

— Estuvo tres días viéndolo por todos los espejos de la casa y me contaba que Carlos quería venganza, que lo habíamos privado de una vida feliz, que ahora vivía en un mundo lleno de tristeza y sólo le quedaba la venganza...Te he llamado para que huyas, para que te vayas a otro lugar porque ahora va a por nosotros. Yo también lo he visto dos veces en el aparador con su sonrisa diabólica. No le tengo miedo. Lo que hice por él, cuando era un bebe, fue por su bien...

— Mamá, por favor... Sé perfectamente como sois y lo que habéis hecho por nosotros.

— Vete a casa, cuéntaselo a tu mujer... Supongo que si ella no lo ve, no corre peligro... Tú vete a un lugar donde no haya espejos y, si hay, que sea uno solo y que tú lo puedas romper en el momento oportuno. Yo no tengo miedo; si viene a por mí, lo esperaré sentada. Tú tienes a tu mujer y una vida que disfrutar. ¡Acaba con esa imagen de otro mundo!

El asunto tenía mala pinta. Le dio un beso a su madre y con un ¡hasta luego! cerró la puerta de la casa.

En el poco rato que pasó en su casa le contó lo ocurrido a su mujer e hizo un pequeño equipaje.

— Me voy a la cabaña de caza. Es el sitio apropiado para enfrentarme con él... Cariño, ¿tú no lo ves, verdad?

— No, vete tranquilo. Ya sabes que todo me parecía irreal hasta que me has contado lo de tu madre. ¿Me voy contigo?

Jesús cogió el macuto, se lo colgó y se despidió con un "No. Te quiero"

\*\*\*

La cabaña de caza era un refugio de montaña que su padre usó durante años. Era un lugar donde todos habían disfrutado y que, últimamente, estaban usando durante los fines de semana como lugar de esparcimiento.

Estaba bien acondicionada. Tenía dos habitaciones, un salón grande que hacía las veces de cocina, comedor y sala de estar y un solo cuarto de aseo. Compartían con sus vecinos un pozo de agua potable y la luz que producía un motor de gasoil. Los muebles eran rústicos. Sencillo, pero suficiente para pasar un temporada.

Se acomodó y esperó. Se conectó con su trabajo a través de Internet y así pasó el día metido en su faena. Cargó la escopeta, tal como lo hacía su padre muchos años atrás, y la dejó colgada en aquel clavo tan estratégicamente puesto entre la puerta del aseo y la de la habitación principal. Cenó poco, se sentó en la puerta de la cabaña con una copa de brandy y vio cómo el sol se perdía entre las verdes montañas de Poniente. La noche y el silencio lo dominaron todo en unos minutos. Jesús, se acostó. Esperaba a su “hermano” por la mañana en el aseo: allí estaba el único espejo de la casa.

Durmió como un lirón, de una vez. La fuerte luz del sol de mayo entró a raudales en la habitación y se despertó bruscamente. Se sentó en la cama, se frotó los ojos y se dirigió al “encuentro” del espejo.

Al entrar en el aseo vio que allí estaban las dos rosas, que su madre había puesto en la encimera del lavabo y que estaban vencidas hacia el interior del espejo. Sí, había comprado una docena y las había distribuido por sus casas. Jesús ya entendía que aquel ser le estaba

pidiendo que entrara en su terreno. La figura de su hermano se hizo presente y le tendió la mano: “Ven conmigo”.

— No — dijo Jesús en voz alta — tengo mi vida aquí afuera y la voy a seguir viviendo con mi esposa. Mi madre no te teme. Con ella no conseguirás nada. — Sin pensárselo dos veces, golpeó el espejo para hacerlo añicos impidiendo que sacara su mano y lo atrajera.

“Ahora me dejaré en paz”, pensó. Limpió el lavabo de cristales, se lavó la cara y cuando estaba calentando la leche para el desayuno, unos golpes secos a la puerta de la cabaña le hicieron derramar parte de la taza en el banco de la cocina. Se asomó a la puerta de la cocina para mirar por la ventana del salón y... en la ventana del salón estaban las dos rosas de la repisa volcadas hacia afuera de la casa!

¡¡¡Se le había olvidado que su padre puso cristal de espejo en el ventanal para ver y no ser visto!!!

Cogió la escopeta que había colgada en la pared. “¡Es él, se me ha olvidado que el cristal de la ventana del salón es espejo por fuera! ... Entrará de todas formas, pero...”. Se guardó su pensamiento.

Esperó y así cuando su gemelo de otra dimensión entró en el salón, Jesús disparó sobre el gran cristal de la ventana rompiendo la única “puerta” por donde aquel personaje podía volver a su mundo. Lo vio brillar un instante y desapareció de su vista sin siquiera abrir la boca. Las dos rosas cayeron al suelo hechas añicos por cientos de

perdigones. Se echó la escopeta al hombro y cuando desapareció su taquicardia, recogió los trozos de cristal, salió al jardín y los enterró en un pequeño hoyo que tapó con tierra y puso una gran piedra encima.

¿Volvería? ¿Lo había atrapado en su dimensión y así sería inofensivo? ¿Debería vivir en un mundo sin espejos? ¿Había triunfado sobre aquel ser? Éstas y mil preguntas más, llenaban su cabeza cuando oyó un ruido a su espalda y se quedó paralizado de terror. ¡No! El arma aún tenía un cartucho. Dejó caer el hombro y la escopeta se deslizó a sus manos mientras giraba sobre sí mismo para “reventar” lo que estaba a su espalda.

Al levantar la escopeta para disparar, vio a su anciano vecino que lo miraba con cara de horror y que sólo acertó a decir:

— Jesús... ¡que soy yo!... he oído un disparo y he venido a ver qué pasaba...

Jesús no pudo reprimir un “menos mal”. Miró hacia la piedra que había puesto sobre los cristales del ventanal y no se había movido.

El anciano continuó:

— También tengo que decirte que acabo de desayunar con tu hermano gemelo...